

ca defensa contra la nobleza que diezaba, tenía con ellos funestas condescendencias, y sus desconfianzas, respecto de los magnates, lo obligaban á dar la espada del pretorio á un advenedizo y hasta á un liberto.

A su vez estos generales fortuitos tomaban sus precauciones contra el mismo emperador procurando asegurarse de sus cohortes, y para ello las componían de hombres á los cuales se lo podían exigir todo, porque ellos mismos no les negaban nada. Con esto llamaban á sus filas, en otro tiempo abiertas á los italianos y después á los más bravos provincianos, hasta á los bárbaros. El jefe de la banda que veremos caer sobre Pertinax era un tongro. Y tales soldados debían cuidar muy menos del honor del nombre romano que del medro que podían sacar del mismo temor que inspiraban.

Así, pues, el imperio no estaba todavía perdido, aunque sí bien meneado; pero enfrente de un senado envilecido por el príncipe, y de magistrados que habían venido á ser impotentes, una soldadesca tan codiciosa como turbulenta, hará en interés de su misma codicia funestas revoluciones que arruinarán las provincias y abrirán en fin las fronteras á los bárbaros.

El orden militar muy luego llegará á sobreponerse al orden civil. Los Antoninos, con muy buen consejo, habían tomado por punto de apoyo el senado; sus sucesores van á tomarlo en las legiones, y por espacio de un siglo, todos los príncipes, menos tres, serán sumisos servidores, más bien que los dueños de los soldados.

Los oficiales á su vez tendrán que ceder y doblegarse ante los hombres que hacen y deshacen emperadores; de modo que el poder político de los ejércitos tendrá por consecuencias necesarias y fatales, primero la pérdida de la disciplina, y luego la ruina de la grande institución militar de Augusto y de Adriano (1).

## II.—PERTINAX Y DIDIO JULIANO (193).

Los asesinos de Cómodo se dieron buena prisa á elegir emperador. Publio Helvio Pertinax, antiguo general que á los sesenta y seis años de edad parecía conservar aun bastante vigor para no temer que cayera en los desórdenes de la juventud ni en la impotencia senil, mereció la preferencia, y Leto lo acompañó al campamento de los pretorianos.

Famoso por su severidad, Pertinax no podía ser del gusto de unos soldados, que se dolían de la muerte de Cómodo; pero no tenían á mano otro personaje en cuyos hombros poner la púrpura imperial; de modo que entre el príncipe



Moneda de Pertinax (2)

que no podía ya valerles y el que les prometía un donativo, se resignaron á aceptar el hecho consumado.

En cuanto al pueblo, el pueblo había aplaudido á Có-

(1) En aquella época, dice Herodiano, comenzó la corrupción de los soldados; desde entonces mostraron la más insaciable y vergonzosa codicia y al mismo tiempo el mayor desprecio para con el príncipe.

(2) IMP. CAES. P. HELV. PERTIN. AVG. Cabeza laureada. Reverso: AEQVIT. AVG. TR. P. COS. II. La Equidad en pie con la balanza en una mano y el cuerno de la abundancia en la otra. Moneda de oro.

modo y aclamó á Pertinax: era un espectáculo y un congnario más.

Con Cómodo hemos visto cómo un hijo de príncipe había llegado de pronto á todo; con Pertinax veremos cómo llegaban también las menores gentes. Hijo de un liberto, negociante de carbón en Alba Pompeya de Liguria, Pertinax había procurado al principio ganarse la vida dando lecciones de gramática; pero el oficio no daba de sí para tanto, y entonces solicitó y obtuvo por influencias de su patrono el grado de centurión.

Su mérito lo elevó rápidamente á los primeros puestos de la milicia y andando el tiempo á los del Estado. Fué prefecto de cohorte en Siria; comandante de escuadrón en Bretaña, y en la Mesia comisario de la vía Emilia para vigilar la distribución de las pensiones alimentarias; jefe de la flotilla del Rin; receptor del fisco en Dacia con 200.000 sesteracios de sueldo; tribuno legionario, senador, pretor, legado de una legión que se distinguió bajo su mando en la Recia y en el Nórico; cónsul, en fin. Los servicios que había prestado en la época de la rebelión de Casio contra Marco Aurelio, le valieron el mando del ejército del Danubio; después el gobierno de las dos Mesias, de la Dacia y de la Siria.

Así, pues, á los cincuenta y cuatro años había desempeñado funciones muy diferentes y administrado cuatro provincias consulares. Sus talentos, sin embargo, no habían superado, al parecer, la común medida; y sus rápidos adelantos prueban que la vía de los honores estaba abierta á todos los que sabían marchar por ella.

No había vuelto á ver la ciudad eterna desde su nombramiento para el senado, y cuando volvió, hubieron de murmurar malas lenguas que hubiera adquirido sobrados bienes en sus diversas funciones. Pertinax no se había creído en el deber de arruinarse en ellas, y una estricta economía bastó sin duda para multiplicar los bienes en su casa (3). Consignemos dos rasgos en su honor: Pertinax conservó consigo á su madre en sus diferentes mandos, y cuando levantó en su ciudad natal bellos edificios, encuadró en ellos la tienda de su padre, la carbonería.

Perennis lo hizo desterrar; pero á la muerte del favorito, Cómodo le levantó el destierro y le dió el mando del turbulento ejército de Bretaña. Después lo encargó de los abastecimientos de Roma, *praefectus frumenti dandi*, le dió el proconsulado de Africa, y lo que era ya el supremo honor, la prefectura de la ciudad.

Estos altos cargos maduraron su experiencia. Era honrado, de suyo, exento de ambición, un tanto avaro, como todos los que han hecho difícilmente la fortuna; pero consagrado al bien público, habría figurado entre los mejores príncipes, si lo hubieran dejado vivir, ó á lo menos si hubiera él sabido defenderse.

El poder lo espantaba y no estaba en él muy bien llamado (4). En el senado ofreció el imperio á Pompeyano, que había protegido sus comienzos, y á Glabrió a quien

(3) Herodiano afirma que era pobre (II, 3). Su madre murió á su lado en la Germania Inferior, donde se conservó su sepulcro durante mucho tiempo (León Renier, *Mé. d'épigr.*, p. 272).

(4) *Horruisse illum imperium epistola docet.* Capitolino que habla de esta carta (15) tuvo la inadvertencia de no insertarla, y es sensible tanto más, cuanto que Juliano, en los *Césares*, acusa á Pertinax de haber sido cómplice, sino activo, pasivo á lo menos, de las maquinaciones en que pereció el hijo de Marco.



Pertinax laureado (Gran bronce)

se suponía oriundo de Eneas. Pero eran hombres prudentes, verdaderos sabios, y prefirieron dejarle el honor del cargo con todos sus peligros. Algunos días después habiéndose arriesgado otro senador entre los pretorianos, quisieron estos proclamarlo emperador. A duras penas pudo escaparse de sus manos, con la toga hecha jirones, refugiándose en el mismo palacio de Pertinax, y todavía para asegurarse más se alejó de Roma. Este desinterés revela una situación llena de ansiedad.

Pertinax rehusó para su madre el título de Augusta y el de César para su hijo. «Ya habrá tiempo, decía, ya habrá tiempo de dárselo, cuando lo haya merecido (1).» Todos los suyos, deudos y amigos, permanecieron en la modestia de su condición; les abandonó sus bienes personales, y él mismo fué modesto y sencillo en su vida privada. A la nueva de su advenimiento, sus compatriotas de las montañas de Liguria, gente asaz codiciosa, hubieron de acudir en turbamulta y en ansia de explotar la gran fortuna que se les venía á las manos, digámoslo así; pero Pertinax los despidió como habían venido.

Pertinax tenía que realizar el mismo empeño que Vespasiano se había impuesto, es decir restablecer el orden en el Estado, en las magistraturas perturbadas por tantos nombramientos arbitrarios, en la hacienda pública arruinada por prodigalidades insensatas, y en el tesoro, donde no había encontrado más que un millón de sesteracios.

Para allegar el dinero que los soldados y el pueblo reclamaban, vendió en pública subasta los viles mancebos de su predecesor, los cómplices ó víctimas de sus libertinajes y desórdenes, todo un harem, sus armas preciosas, sus vestidos de seda y oro, sus muebles y mil curiosidades de valor, entre las cuales figuran vehículos de silla móvil, que giraba fácilmente por medio de un aparato articulado, marcando al mismo tiempo la hora y el camino recorrido. Despojó de sus bienes á los bufones y libertos y expulsó de palacio todas las bocas inútiles. Los glotones que en tiempo de Cómodo vivían de la mesa imperial, no le perdonaron lo que llamaban ellos su ruindad y muy luego soltaron la lengua contra él.

Tan cuantiosos eran los recursos del imperio que menos de tres meses de una administración económica y severa permitieron á Pertinax cumplir la mitad de sus promesas á los pretorianos, pagar muchas deudas del Estado y continuar las obras de utilidad pública. Suprimió algunas de las trabas que embarazaban el comercio, eximió de impuestos por espacio de diez años á los que pusieran en cultivo las tierras eriales de Italia y restableció la seguridad con la rehabilitación de las víctimas de Cómodo, la amnistía de los desterrados, la condenación de los delatores y la protección concedida á los ciudadanos contra los desafueros de la envalentonada é insolente soldadesca.

Pero ni al pretorio ni al pueblo les tenía cuenta este orden, tal y tanta economía. Había cometido la imprudencia de prohibir á los pretorianos que llevaran armas por las calles, para evitar sus brutales atropellos, y de decirles: «En nuestro siglo se han introducido muchos desórdenes que con vuestro concurso esperamos corregir,» y su primera consigna fué: *militemus*, combatamos. En estas pala-

(1) Se ha encontrado en Metz una inscripción en que se da el título de Augusta á su madre, y el de César á su hijo (L. Renier, *Mélanges d'épigr.*). Aquellos provinciales hubieron de creer que las cosas habían pasado en Roma como era uso, ó se hubieron de permitir una lisonja, que suponían le sería accepta al príncipe. Las inscripciones en nombre de Pertinax son muy raras. Se acaba de encontrar una en Africa: *Divo Helvio Pertinaci*; es del tiempo en que Severo lo llamaba padre: *Divo Pertinaci Augusti patri*.

bras habían visto ellos la intención de reducirlos á la antigua disciplina y al servicio de guerra. En el pueblo suprimió las distribuciones de trigo que desde Trajano recibían los niños de nueve años arriba. También se mostró poco dispuesto á dejarse conducir por Leto, el cual miró esta desconfianza como un presagio de desgracia y desde luego se dió á trabajar en secreto las cohortes pretorianas.

Con todo esto se formó una conspiración ó á lo menos un consular, de nombre Falco, fué acusado de aspirar al imperio, y ya iba el senado á condenarlo, cuando Pertinax juró que nunca permitiría que en su reinado se condenara á muerte á un senador. Pero habiendo acusado un esclavo á muchos pretorianos de complicidad con Falco, Leto los hizo matar é imputó al príncipe lo odioso de la ejecución.

Mal pagados y sospechosos á la causa del príncipe, los turbulentos pretorianos resolvieron desembarazarse de todo cuidado y de un emperador tan severo como avaro. Trescientos de ellos en armas se dirigieron al palacio imperial, donde había bastantes soldados para rechazar la invasión de un puñado de facciosos; pero toda la servidumbre, los que llama Dion los cesaristas, arruinados por la economía del príncipe, abrieron las puertas á los asesinos.

Pertinax creyó detenerlos é imponerse saliendo á recibirlos desarmado, y en efecto, la presencia del príncipe inerme, contuvo un momento á la soldadesca, y ya algunas espadas volvían á su vaina, cuando un tongro se lanzó sobre él y lo hirió. Con esto, luego al punto cesó toda vacilación: todos innobles y cobardes todos, acometen y hieren y derriban al hombre solo é indefenso, cuya cabeza cortan en fin y clavada en una lanza llevan en ruidoso triunfo al campamento pretoriano.

Sólo Eiecto había intentado defenderlo; pero murió en la demanda. Pertinax reinó sólo ochenta y siete días (28 marzo 193).

Hallábase en Roma á la sazón el senador Juliano, perso-



Manlia Escantila, mujer de Didio Juliano (2)

naje acaudalado y clarísimo, como que descendía del gran jurisconsulto de Adriano y se había criado en casa de Domicia Lucila, madre de Marco Aurelio. Con todo eso era hombre de poco espíritu y de mucha vanidad, aunque pueril, á quien la práctica de la vida no había enseñado nada. Había desempeñado honradamente los más altos cargos del Estado, regido muchas provincias, triunfado de algunas tribus germánicas, y á los sesenta años, edad que

(2) Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, n.º 47.

debió traerle la prudencia, la sabiduría de la conducta, se dejó arrastrar al abismo por la ambición de su mujer, la orgullosa Manlia Escantila, que anhelaba trocar la laticlavia senatorial de su esposo por el manto de púrpura imperial.

Bien que á menudo se hubiera comprado el imperio, aun no se había vendido en pública almoneda: Roma iba á ver ahora esta vergüenza. Para calmar á los pretorianos, había enviado Pertinax al campamento á su suegro Sulpiciano, prefecto de la ciudad. Este senador era también una de esas vulgares medianías que ignorando las obligaciones y responsabilidades del poder, no ven en él más que lo que brilla; y así cuando le enseñaron la cabeza de Pertinax, propuso en el acto á los asesinos comprarles á buen precio la púrpura empapada en la sangre de su yerno.

El rumor cundió como un relámpago y veis aquí que Juliano corrió á hacerle competencia. Juliano estaba en lo alto del muro; su rival Sulpiciano dentro, y competían pujando cada cual la postura del otro. Desde el muro del recinto al interior del pretorio iban y venían mensajeros ó corredores, ó mandaderos, diciendo alternativamente á los dos licitadores: «Aquel da tanto. ¿Cuánto das tú?»

De puja en puja fué subiendo el precio de la púrpura imperial hasta que llegó á 5.000 dracmas ó sean 20.000 sestercios, y equilibrándose las posturas, esperaba el soldado sin rematar la mercancía, bien seguro de sacar mejor partido. De pronto desconcertó Juliano á su adversario pujando audazmente de una vez 1.250 dracmas. Y anunciaba la puja gritando desde el muro, é indicaba la suma con los dedos para que lo entendieran los que no podían oír su voz, y arrojaba luego sus tablillas después de haber escrito



Reverso de una moneda de Didio Juliano llevando la leyenda: *Rector orbis* (Gran bronce)

en ellas que restablecería la memoria de Cómodo, mientras Sulpiciano vengaría la muerte de su yerno Pertinax. Sulpiciano no se atrevió á llevar más lejos su empeño. Cada uno de los pretorianos iba á recibir unos 6.000 francos de nuestra moneda.

«En otro tiempo, dice Chateaubriand, hubo de anunciar el senado la venta de un rincón del territorio de la república; era el lugar en que había acampado Aníbal.» Con razón encontramos indigna y vergonzosa esta escena. Sin embargo, hay que confesar que este donativo, cuyo origen conocemos, era una costumbre á que no hubiera podido sustraerse ningún emperador. Lo odioso aquí no es precisamente el donativo, la cantidad, sino la almoneda. Marco Aurelio había dado casi lo mismo; y en naciones muy libres, y aun muy altivas y celosas de su buen nombre, se compra también una parte del poder, sino á los pretorianos, que por fortuna no existen ya, á lo menos, á los electores.

Hecho el remate ó adjudicación, trajeron los soldados una escala para que pudiera bajar del muro el nuevo emperador y recibir los juramentos de sus nuevos guardias y las insignias imperiales. Hicieronle nombrar dos prefectos pretorianos, que ellos mismos eligieron, y luego abrieron las puertas y en orden de batalla y á banderas desplegadas condujeron al senado á su nuevo jefe, á quien saludaban con el nombre amenzador de Cómodo. Sin embargo, hicieronle jurar que no guardaría rencor ni mala voluntad á su competidor: les incumbía no desalentar á los que en situación análoga quisieran repetir una almoneda tan lucrativa para ellos.

Muchos senadores temblaban, á comenzar por nuestro

historiador Dion, que más de una vez había abogado por Juliano. Todos ellos amaban á Pertinax, encontraban ridículo á su sucesor y abominaban del tráfico indigno que se acababa de hacer. Pero los alrededores de la curia, la curia misma, todo estaba lleno de soldados, y hubo que poner buena cara al príncipe, dar por elocuentes las necedades que pronunció en son de arenga y hacer las aclamaciones de fórmula.

Juliano se trasladó luego al palacio, donde encontrando la cena que se había preparado para Pertinax, hubo de burlarse de su sobriedad, desdeñando manjares tan sencillos y haciendo que se le sirvieran otros más suculentos, sabrosos y regalados. Después de cenar alegremente, se puso á jugar á los dados á algunos pasos del cadáver de su predecesor. Pero desde el día siguiente iban á turbar su triunfo y regocijo las tremendas inquietudes de un poder que vacilaba sobre base mal segura, y al cabo de algunos días vendrán á turbar su alma las angustias de una muerte inevitable y próxima.

Juliano no había contado con el pueblo, y el pueblo se sintió humillado en su dignidad por este ofensivo olvido. Con esto al presentarse el nuevo emperador en la curia el día siguiente, lo recibió la multitud con burlesca y despectiva gritería, hasta que tomando un tono más agrio vino á llamarlo usurpador y parricida. Al principio tomó Juliano la gritería como un simple recuerdo, aunque asaz irreverente, y prometió dinero al pueblo. «No, no lo queremos, contestó la múltiple voz de la enojada multitud, con un desinterés desusado. No lo aceptamos de un usurpador.»

Entonces Juliano mandó á sus soldados cargar y resultaron muchos muertos y heridos, refugándose los fugitivos en el Circo. Dion afirma que permanecieron allí una noche entera y todo el día siguiente invocando á los dioses y lo que hubiera sido más seguro, á los jefes militares, sobre todo á Pescenio Niger ó Negro, que se estaba entonces bien lejos en el fondo de la Siria. Allí se les dejó estar y el impotente tumulto se apaciguó de suyo.

Entre tanto la fábrica de moneda acuñaba medallas representando al nuevo príncipe ceñido de laurel con esta pomposa leyenda: *Rector orbis*; en otras se grababa esta inscripción: *Concordia militaris*. Pero la verdad era que Juliano no poseía de todo el mundo más que el espacio ocupado por el palacio en que acababa de entrar, ni la concordia militar existía sino contra él. Las legiones de las fronteras acababan de saber lo que producía una elección de emperador y no estaban en dejar que los pretorianos se aprovecharan exclusivamente de los medros de este lucrativo tráfico. Poderosos ejércitos, compuestos de tres legiones cada uno, ocupaban la Bretaña y la Panonia Superior y la Siria al mando de los bien reputados generales, Albino, Severo y Pescenio Niger, y cuando allá se supo que en tres meses habían sido asesinados dos emperadores, y que el tercero había obtenido el imperio en vergonzosa almoneda, hubo un movimiento de indignación contra el senado que todo lo había aceptado. Este sentimiento se mostraba, sobre todo, en los campamentos del Danubio en que había mandado Pertinax y dejado honrosos y gratos recuerdos.

Entonces se volvió á ver lo que había acontecido á la muerte de Nerón. Dos de estos ejércitos, el de Panonia y el de Siria, proclamaron á sus respectivos jefes (abril, 193), y hubiera hecho otro tanto el tercero sin las hábiles negociaciones de Severo con Albino. Al mismo tiempo que Severo aseguraba la neutralidad del ejército de Bretaña, se granjeaba la asistencia de las legiones vecinas de las suyas; de modo que en pocos días, tuvo á sus órdenes casi la mi-

tad de las fuerzas militares del imperio (1). Había ya pues ganado su causa cuando tomó el camino de Roma, precedido de la declaración de que iba á vengar la muerte de Pertinax. Secretos emisarios habían hecho salir de la ciudad á sus hijos antes de que llegara la noticia de su elevación al imperio.

Juliano hizo que el senado lo declarara enemigo público y comenzó sus preparativos de defensa. Se removió la tierra para abrir un foso á los aproches de Roma; se llamó á los gladiadores de Capua, gente de saco y de cuerda, con quienes no se podía contar; se llamó igualmente á los soldados de la flota del Miseno, que hacían reír con su torpeza en manejar el dardo, y se armó en tren de guerra á los elefantes del circo, que daban en tierra con las torres que les ponían encima.

Hizo también Juliano fortificar el palacio imperial con barricadas ó trincheras en señal de la desesperada resistencia que había de oponer al enemigo hasta en Roma forzada. Los pretorianos hubieran debido dar ejemplo; pero estaban ricos, y habituados á vivir muellemente, pagaban para que les hicieran la faena, sin dejar de insultar al pueblo, cuyo terror eran. En prendas de su alianza con ellos, Juliano hizo matar á Leto y á Marcia, autores de la muerte de Cómodo. Al mismo tiempo consultaba á los hechiceros, hacía inmolarse niños para ver el porvenir en sus entrañas y enviaba asesinos para que mataran á Severo, senadores para corromper y desmoralizar su ejército, y al prefecto del pretorio para que pusiera en estado de defensa á Rávena, puesto avanzado de Roma, donde estaba estacionada la flota del Adriático.

Pero Septimio se guardaba bien y avanzaba rápidamente. Proclamado en *Carnuntum*, cerca de Viena, el 13 de abril, había debido emplear diez ó doce días en negociar con las legiones de la Alta Germania y en poner su ejército en movimiento. Sin embargo, llegó á las inmediaciones de la capital antes del 1.º de junio; de modo que sus tropas tuvieron que hacer, de Viena á Roma, en menos de siete semanas 266 leguas, ó sean seis leguas y media por etapa, sin detenerse un solo día.

Esta rápida marcha de un ejército numeroso entrando de improviso en campaña, prueba la abundancia de provisiones que la agricultura y el comercio podían instantáneamente reunir, el buen estado de los caminos y la sumisión de las provincias, es decir, la prosperidad y el sosiego del imperio durante las tempestades de Roma; prueba también la disciplina mantenida por Severo en aquellas legiones, á las cuales podía imponer tales fatigas, sin que hicieran ellas oír una queja ni la más ligera murmuración.

Esta rapidez desbarataba todo plan de resistencia. Severo pasó sin ningún obstáculo los Alpes, el Adige y el Po, entró en Rávena antes que el prefecto enviado de Roma y atrajo á su partido á los diputados del senado. Con esto, veía Juliano estrecharse más y más cada día el estrecho espacio en que le era permitido reinar y vivir todavía.

Las últimas noticias le hicieron caer en el mayor desaliento. Intranquilo, irresoluto, pedía consejos que el senado se guardaba muy bien de darle: hasta ofreció el imperio á Pompeyano, el cual se excusó diciendo que era demasia-

(1) «Las catorce legiones que proclamaron á Septimio Severo y á las cuales el nuevo Augusto mandó distribuir una moneda de feliz advenimiento, *donativum*, eran las diez legiones que defendían las provincias del Danubio y las cuatro que guardaban la frontera del Rin.» (Robert, *Les légions du Rhin*, p. 46). Celeuneer, *Essai sur la vie de Sévère*, cuenta 16 legiones. Eparciano dice que fué preciso violentar á Severo, *refugians*. Tomó sin duda esta palabra de la autobiografía del príncipe.

do viejo y tenía la vista muy débil. Reducido á la miserable esperanza de conciliarse á su poderoso adversario mendiándole la vida y una parte del poder, quería que, como en otro tiempo Vitelio, se enviaran las Vestales á interceder con Severo, y después que se le nombrara su colega (2).

Esta vez se prestaron los Padres á deferir á sus deseos, y Juliano envió al nuevo Augusto un senadoconsulto por medio de uno de los prefectos del pretorio. Sospechoso éste de meditar un asesinato bajo sus apariencias de paz, fué decapitado por orden de Severo, que rechazó desdeñosamente el senadoconsulto.

Sin embargo, para no ensangrentar á Roma con un gran combate, como sucedió en tiempo de Vespasiano, hubo de preparar en ella Severo un movimiento en su favor. Escribió á los magistrados, envió edictos que se fijaron en las esquinas de las calles y plazas, nombró un prefecto del pretorio, que reconoció Juliano temblando, é hizo que se anunciara á los pretorianos que les prometía el perdón, si entregaban á los asesinos del emperador Pertinax.



Concordia militaris (reverso de un gran bronce de Didio Juliano)



Didio Juliano laureado (gran bronce)

Tan cobardes como su jefe, prendieron los pretorianos á sus camaradas, los trescientos rebeldes del sangriento tumulto del palacio, y fueron sumisamente á decir al cónsul Mesala, que los culpables estaban ya aherrojados: era ya el fin.

«Luego al punto, dice Casio, nos convocó Mesala y nos expuso lo que los pretorianos habían hecho. Entonces decretamos la muerte de Juliano; dimos los derechos imperiales á Severo y los honores divinos á Pertinax.»

Juliano fué asesinado en su cama, sin decir más que estas palabras: «¿Qué mal he hecho yo?» (2 junio 193). Había ejercido el poder supremo sesenta y seis días (3) y no merecía haberlo ejercido más. Demasiado fué haber inscrito su nombre en la lista de los emperadores. La historia debe á su vez ser inexorable con esos aventureros que sólo quieren el poder por los goces que proporciona: la ambición sin talentos ni virtud, es un crimen.

### III.—SEPTIMIO SEVERO.

#### GUERRAS CONTRA NIGER, ALBINO Y LOS PARTOS

¡Por fin encontramos un hombre! Pero este hombre, tan duro para los demás como para sí mismo, justificará su nombre con inexorables severidades, justiciero á la manera de Tiberio y de Luis Onceno.

Después de la extinción de la dinastía de los Césares, hemos visto emperadores italianos, españoles y galos: ahora les llega su turno á los africanos. Septimio Severo había nacido en Leptis el 11 de abril de 146, en el seno de una

(2) Para congraciarse con su rival, elevó á todos los honores al abuelo materno de Severo (Dion, LXXIII, 17).

(3) Dion, LXXII, 17 Zonar. (XII, 7) dice 60. Aurelio Víctor, Eutropio y la *Crónica* de Eusebio lo hacen morir en el puente Milvio, en medio de una batalla; prueba de un gran defecto de crítica por parte de estos autores.